



RETIRO DEL MES

“MIRAD QUE YO HAGO NUEVAS TODAS LAS COSAS” (Ap 21, 5)

Una vida religiosa luminosa en una Iglesia renovada

Motivación: Durante estos más de cincuenta años de periodo posconciliar hemos vivido en la vida consagrada diferentes procesos congregacionales de refundación carismática tratando de responder a los signos de los tiempos, a la reflexión eclesial y a las demandas de la misión. Todos los caminos emprendidos en nuestros Institutos y Congregaciones tenían un solo objetivo: ser significativos desde el punto de vista evangélico y carismático en el anuncio creíble de la Buena Noticia liberadora del Cristo para los hombres y mujeres de hoy. No me cabe duda de que hemos acometido esta tarea con empeño y con gran sentido de la responsabilidad en estas últimas décadas. Nuestros Capítulos Generales, el magisterio y las opciones congregacionales así lo indican. Podemos decir que, en la mayoría de los casos, la relectura carismática de la identidad se ha concluido. Pero estoy seguro de que su traducción concreta sigue en marcha. Los nuevos contextos en los que vivimos, los desafíos culturales ante los que nos situamos y las dificultades al interno de la propia vida consagrada nos reclaman seguir buscando caminos de renovación y de crecimiento que hagan significativas nuestra vida y nuestra misión.

1. VIENTOS NUEVOS EN LA IGLESIA

Soplan nuevos vientos en la Iglesia. El ministerio de Francisco ha abierto puertas y ventanas en los palacios vaticanos y una inevitable sensación de frescura está siendo percibida por muchos cristianos en todo el mundo en estos años de Pontificado del sucesor de Benedicto XVI. No me parece el Papa Francisco alguien que improvise sin más. Creo que sus palabras y sus gestos son creíbles porque habla otro lenguaje perfectamente comprensible para todos y su decir tiene *auctoritas*. Desde el principio, fue elocuente su inclinarse ante el pueblo de Dios y la explícita petición de plegaria a la comunidad de los creyentes. Ha sorprendido a propios y extraños su extraordinaria sencillez y su sonrisa bondadosa; Ha descolocado a muchos su simplicidad a la hora de apuntar signos que dejan al descubierto no solo gestos de ternura y afecto hacia los pequeños y los pobres sino la profundidad de un pensamiento tan despojado de innecesarios circunloquios como directo y profundo.

Sus gestos y sus palabras interpelan también a nuestro modo de concebir nuestra presencia evangelizadora, el testimonio de las comunidades cristianas y, desde luego, la significatividad de la misma vida religiosa. En un momento importante en el que estamos repensando nuestra pastoral vocacional, la propuesta de Papa Francisco estimula una nueva praxis con acentos y sensibilidades bien precisas.

1.1. Desde la periferia

En el inicio de su Pontificado, el Papa Francisco quiso tener una mañana de encuentro con la Unión de Superiores Generales que celebraba su asamblea general anual en el *Salesianum de Roma*. No solo accedió a un saludo a los participantes, sino que dialogó



largamente con ellos en el Aula del Sínodo en el Vaticano. Fue un coloquio fraterno y abierto, libre y sincero en torno a numerosas cuestiones que afectan a la vida religiosa en la actualidad. Cuentan las crónicas que el Pontífice se mostró distendido, cercano, brillante en sus respuestas, seductor en el “cuerpo a cuerpo”, lleno de energía y muy propositivo. Religioso entre religiosos, como así quiso definirse, hizo notar una extraordinaria sensibilidad hacia los consagrados y consagradas en el momento actual que vive la Iglesia y el mundo.

El Papa afrontó con los Superiores Generales uno de los temas más presente en sus intervenciones a lo largo de todo el Pontificado: **salir, buscar, situarse...** en las periferias del mundo para que la Iglesia rompa la auto-referencialidad que la atrofia y la hace “insignificante” (no significativa) para los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

Para el Papa se convierte en un auténtico criterio hermenéutico: “se comprende la realidad solamente si se la mira desde la periferia, y no si nuestra mirada es desde un centro equidistante de todo. Para entender de verdad la realidad, debemos movernos de la posición central de calma y tranquilidad, y dirigirnos hacia la zona periférica”.

Es una invitación a la Iglesia a salir hacia los márgenes de la historia. Pero es también una invitación a la vida consagrada a situarse en las fronteras, en las cunetas, en los extraradios del mundo, en los descampados existenciales donde tantos están como ovejas sin pastor y no tienen qué comer (cfr. Mt 9, 36).

No podemos evitar recordar las palabras del mismo Francisco cuando, en la visita a un centro para refugiados en Roma, dejaba boquiabiertos a muchos al dirigirse directamente a la vida consagrada: “Queridos religiosos y religiosas, los conventos vacíos no sirven a la Iglesia para transformarlos en hoteles y ganar dinero. Los conventos vacíos no son suyos, son para la carne de Cristo que son los refugiados. El Señor nos llama a vivir con más valentía la acogida en las comunidades, en las casas, en los conventos vacíos”.

Las palabras de Francisco, como sus gestos, son mucho más que gestos o palabras de ocasión. Para la vida religiosa, es el abrazo de un hombre que mira con compasión la realidad y se hace hermano de los que están en el descampado, desprovistos de todo. Hasta de dignidad. Para muchos, el que **el Papa Francisco viajara a Lampedusa** con los inmigrantes ilegales no dejó de ser un gesto demagógico. Para muchos de nosotros, fue un signo elocuente de cuanto el Pontífice quiere que sea la Iglesia: cercanía a los olvidados, compromiso con los últimos, palabra de esperanza para los desesperados, mano solidaria que paga de persona, mirada compasiva ante las miserias del mundo, corazón apasionado que pone fuego en la entraña de la tierra, mirada penetrante que denuncia injusticias ante los poderosos del mundo.

Y ahí, en los naufragios, frente a los muros que acaban con los sueños, en medio de la desolación, allí donde los derechos y la dignidad son pisoteados, la vida religiosa encuentra fronteras que alcanzar para seguir siendo una palabra de esperanza en nombre de Dios para los pequeños y olvidados nos comunica la misericordia infinita del Padre. En la boca del catequista vuelve a resonar siempre el primer anuncio: «Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte» (EG 164)



1.2. Iluminando el futuro

Solo descentrándonos, los religiosos y religiosas podremos iluminar el futuro: “Hoy Dios nos pide esto: salir del nido que nos contiene para ser enviados. Quien después vive su consagración en clausura, vive esta tensión interior en la oración para que el Evangelio pueda crecer. El cumplimiento del mandato evangélico ‘id a todo el mundo y proclamad el Evangelio a toda criatura’ (Mc 16, 15), se puede realizar con esta clave hermenéutica trasladada a las periferias existenciales y geográficas. Es el modo más concreto de imitar a Jesús”.

Es más que estimulante su mensaje invitando a recuperar el rostro de una “Iglesia pobre para los pobres”; a no vivir atrincherados en los despachos y “salir al encuentro de la gente”; a alcanzar “las periferias” y a ser “pastores con olor a oveja”; a no vivir como “solterones amargados” o como cristianos con “cara de pepino avinagrado”; a irradiar “la alegría del Evangelio” y a testimoniar el amor de Dios “que no se cansa de perdonar”. Para la vida religiosa, son un estímulo para seguir afrontando el proceso renovador que hemos emprendido en muchos de nuestros Institutos. El Papa nos está mostrando veredas nuevas, acaso las de siempre, que necesitamos recuperar vitalmente. Son caminos de radicalidad evangélica, de seguimiento cercano del Señor Jesús, de identificación con el Cristo pobre, obediente y casto que anuncia la liberación de Dios con la credibilidad de quien tiene “autoridad”: la única posible, la del servicio por amor, hasta dar la vida. Como recordó Francisco a la USG: *“los religiosos y religiosas son hombres y mujeres que iluminan el futuro”*.

1.3. Hacia un nuevo liderazgo

Los Superiores Generales reunidos en asamblea general anual en Roma, escogieron como tema central de trabajo y estudio: “El ejercicio del liderazgo religioso en el contexto de los gestos y de la enseñanza de Papa Francisco”. Para los Superiores, “los gestos y el magisterio del Papa Francisco nos invitan a una ‘conversión’ en nuestro servicio a los hermanos: una conversión de nuestras actitudes personales, de nuestras relaciones, de las perspectivas y del estilo de la misión”.

El único poder es el servicio. Así lo repitió con rotundidad el Papa Francisco a los cardenales del primer consistorio al día siguiente de su elección. No hizo más que recordar a Jesús, cuando dijo a sus discípulos “Quien quiera ser el primero, que sea el servidor de todos” (Mc 9, 35).

El Papa Francisco ha advertido en muchas ocasiones sobre la endémica tentación del poder en el mundo eclesiástico y religioso. No es la primera vez. El mismo Benedicto XVI arremetió contra el “hacer carrera” de clérigos, sacerdotes y obispos seducidos por el deseo de ser más, de estar por encima de los otros, de poder disponer de la vida de quienes están bajo tu mirada escrutadora y tu voluntad. También a los Superiores Generales les ha advertido sobre la tentación del clericalismo.



Por eso es tan necesario un nuevo liderazgo en la vida religiosa. En un seminario sobre pastoral vocacional en España, un grupo de religiosos y religiosas escribían hace unos años: “el liderazgo religioso (en nuestro caso referido a los superiores) en tiempos de complejidad y confusión exige serenidad, dedicación, actitud de servicio, sentido del equilibrio, y necesita del apoyo continuo de la institución por medio de una formación permanente, que responda a sus interrogantes e inquietudes, a sus carencias y necesidades para ser hermanos entre hermanos que sepan orientar, sostener, acompañar en la experiencia humana y vocacional” .

2. LOS CAMBIOS A LOS QUE NOS RESISTIMOS

Soplan nuevos vientos eclesiales que nos impulsan y estimulan en los procesos renovadores de la vida consagrada. Pero experimentamos que las inercias frenan nuestros anhelos de cambio. El Papa cuando invita a los religiosos a descentrarse, esto es, a buscar otras miradas que nos ofrezcan puntos de vista diferentes y nos ayuden a leer la realidad más allá de nosotros mismos. Pensarnos y vivirnos “descolados” de nuestro modo de ver la realidad, demasiado convencidos como estamos de nuestro buen hacer, suficientemente cómodos con nuestras obras centenarias, generosamente comprometidos en un trabajo estructurado y satisfactorio. Creo que el Papa señala caminos de novedad que nos permitan renovar presencias nuevas (aunque centenarias) e impulsar nuevas presencias en las fronteras de la misión.

2.1. La fuerza de la debilidad

Somos seguidores de Jesucristo hasta las últimas consecuencias. Identificados con el Maestro y enviados por Él a anunciar la buena noticia del amor de Dios, a sanar y liberar, a alentar la esperanza. Hoy como ayer, la vida religiosa quiere ser fuego en las entrañas mismas de la Iglesia, en medio de una sociedad que busca un rescoldo donde abrigar el alma o un poco de luz para iluminar la noche. Somos consagrados por Dios para proclamar el año de gracia del Señor con nuestra vida sencilla, entregada y silenciosa. Aunque a veces el tesoro esté contenido en frágiles vasijas de barro.

Esta es nuestra fuerza. Es la fuerza de la debilidad de quien se sabe necesitado de la gracia para afrontar cada día las dificultades del camino. Los religiosos nos reconocemos débiles. Sabemos que nuestra fidelidad se sostiene en la fidelidad de Dios, nuestra fuerza: estamos convencido de que Aquel que ha comenzado en nosotros la obra buena la llevará a término.

Lo más decisivo en nuestra vida es siempre la fidelidad inquebrantable de Dios, sin la que nada tendría sentido. En Él aprendemos a respirar y a reconocer que “no hay brisa si él no alienta” ni “soledad en la que él no se haga fuerte”. Lo nuestro es caminar. Lo suyo, sostenernos en el camino. Nuestro aprendizaje, centrarnos cada vez más en Él. Su actitud para con nosotros, la paciencia de su amor incondicional, su ternura y su misericordia.



2.2. Vivir a contracorriente

Pero lo decisivo es el testimonio. Esto es lo que espera el Papa de los consagrados y consagradas: “¡Despertad al mundo! ¡Sed testimonios de un modo distinto de hacer, de actuar, de vivir! (...) Lo que me espero de ustedes es el testimonio. Deseo de los religiosos este testimonio especial”.

Es un mensaje insistente del Pontífice a todos los bautizados y, de modo especial, a los consagrados. Se trata de vivir a contrapelo, más allá de estilos y formas de vivir de nuestra sociedad por más generalizados que estos estén. El Evangelio es siempre alternativo. Plantea un modo diferente de vivir y exige de nosotros ser hombres y mujeres que sintamos con pasión el latido del Reino oculto en los avatares de la historia. En ella, miles y miles de nuestros hermanos y hermanas quieren poner rostro al samaritano del evangelio, sin dar rodeos, curando con el aceite de la entrega gratuita, pagando con la vida cabalgadura y posada a los apaleados al borde del camino. Para Francisco esta es la “profecía”: “los religiosos deben ser hombres y mujeres capaces de despertar al mundo”.

Consagrados, hombres y mujeres capaces de vivir para los demás, tratando de ser bálsamo suave que ayude a cicatrizar las heridas de las personas. Porque nuestro mundo es un mundo de heridos, dice Francisco: “y después de una batalla, lo primero que hay que hacer en un hospital de campaña es curar las heridas. Creo que hoy día la pastoral tiene que plantearse seriamente eso: la pastoral de la Madre Iglesia. Curar tantas heridas de gente que se fue, que se quedó a medio camino, se confundió, que se desilusionó. Es la pastoral de la misericordia”.

2.3. La fraternidad palpable

Al referirse a la vida religiosa como profecía, Francisco hace referencia a la fraternidad como signo creíble para la vida consagrada hoy. La “revolución pastoral” que promueve el Pontífice tiene mucho que ver con la ternura y la misericordia, con el consuelo de Dios para los pequeños y los pobres. Por eso, insistió a los Superiores que la vida religiosa vivida en la comunidad expresa de modo elocuente la fuerza humanizadora del Evangelio a través de la experiencia fraterna. Para el Papa, “la fraternidad tiene una fuerza de convocación enorme. Las enfermedades de la fraternidad, por otra parte, tienen una fuerza que destruye”. Se trata de vivir más allá del conflicto, superando dificultades porque la experiencia del amor es mucho más fuerte. Continúa Francisco: “La fraternidad religiosa, más allá de todas las diferencias posibles, es una experiencia de amor que va más allá de los conflictos. Los conflictos comunitarios son inevitables (...) y el conflicto debe ser asumido”. Tal afirmación debe ser re-leída a la luz de la *Evangelii Gaudium*. Como sugiere el propio Spadaro en el artículo citado, el propio Papa ha escrito en la Exhortación Apostólica: “(hay que) aceptar, soportar el conflicto, resolverlo y transformarlo en un eslabón de enlace de un nuevo proceso”.



Por eso el Papa habla de “recuperar la ternura” también en las comunidades de consagrados. Una “ternura materna” que ayuda a superar los conflictos y hace creíble la fraternidad. Esta es la profecía: una comunidad de personas que afrontan el conflicto desde la misericordia, desde el encuentro, desde la ternura que cicatriza y sana. Nuestras comunidades están llamadas a ser comunidades terapéuticas que acogen, abrazan, escuchan, disculpan, ayudan a madurar, comprometen. Todo un reto para la vida religiosa en este tiempo tan necesitado de encuentro y afecto real, concreto, maduro... que no condena nunca, no excluye nunca, no busca nunca su propio interés. Por eso, recuerda el Papa a la USG, en las relaciones fraternas y en los conflictos con los hermanos **“tenemos que involucrar el corazón”**.

3. LOS DESAFÍOS DE LA ANIMACIÓN VOCACIONAL A LA VIDA RELIGIOSA

Sabemos que la pastoral vocacional sigue siendo un desafío importante para nosotros, pero quizás en algunas ocasiones equivocamos la estrategia cuando hablamos de vocaciones a la vida consagrada. Nos reunimos para estudiar encuestas y tendencias, planificar estrategias, preparar subsidios, proyectar encuentros creativos o plantear cursos de acompañamiento espiritual. Y nos damos cuenta de que no es suficiente.

Algún interrogante sobre nuestra capacidad de interpelar es honesto ponerlo. Si hemos dejado de ser significativos en una sociedad plural y compleja como la nuestra, es necesario que nos paremos un poco a preguntarnos por qué. Puede que haya que cambiar el punto de partida en nuestra animación vocacional. Quizás debemos prestar más atención a la fragilidad de nuestra vida religiosa y a nuestra pasión por Dios. *Los jóvenes buscan en nosotros personas sólidas con un testimonio creíble y coherente de la propia fe.* No podemos seguir viviendo cediendo terreno al activismo y haciendo que nuestra experiencia espiritual se debilite por falta de atención, de pausa, de cuidado. Es imposible seguir adelante con experiencias comunitarias alejadas de una efectiva fraternidad evangélica. No somos creíbles si nuestro estilo de vida sucumbe a la tentación de la mediocridad y la prisa.

3.1. Una vida religiosa renovada

Junto a la mayoría de hermanos y hermanas que tratan de vivir con fidelidad su vocación, nos encontramos también un cierto número de hermanos ‘desfondados’ vocacionalmente con situaciones complicadas de debilitamiento de la vida consagrada, y en ocasiones de faltas graves en la disciplina religiosa. Algunos síntomas son preocupantes: vida mediocre, secularización interna, entrega parcial, individualismo, búsqueda de espacios afectivos que compensen soledades y vacíos afectivos...

El camino de renovación de la vida religiosa es un camino teológico. Cuando pienso en el reto que nuestros institutos están llamados a afrontar en este tiempo no puedo imaginármelo sino como el hacer experiencia fundante de Dios, como relanzamiento espiritual, como un volver a lo esencial, al absoluto de Dios y en él a la fuerza del Evangelio



vivido con todas las consecuencias que nos hace absoluto de Dios y en él a la fuerza del Evangelio vivido con todas las consecuencias que nos hace signos creíbles del Cristo Resucitado que por la fuerza del Espíritu nos envía a sanar y a liberar. La autenticidad evangélica será para nosotros el signo de la credibilidad.

Sin duda, la pastoral vocacional tiene en la vida comunitaria un buen banco de pruebas. No podemos pretender tener una pastoral vocacional fecunda si nuestras comunidades no son una profecía creíble de solidaridad fraterna y de testimonio evangélico. Los jóvenes no nos quieren perfectos. Pero quieren ver en nosotros hombres y mujeres de fe que, aún heridos y cansados, en plena actividad o ancianos, seamos capaces de vivir y transmitir una experiencia humana y creyente de personas que se quieren y son acogedores, bondadosos, generosos, entregados...

En él ámbito de una revisión comunitaria cabe que nos preguntemos: **¿Estamos caminando en esta dirección? ¿Nuestra tarea de animación vocacional está privilegiando estas líneas?**

A la luz de estas consideraciones, hemos de tomar opciones decididas personal y comunitariamente.

Algunas opciones estratégicas en este momento serían:

- Cuidar con fidelidad las sencillas prácticas de cada día: la Eucaristía, la meditación, la lectura, los retiros, el sacramento de la Reconciliación...
- Ayudarnos a vivir radicalmente el seguimiento de Cristo en los consejos evangélicos: la obediencia, la pobreza y la castidad. Un estilo de vida más esencial, más pobre y más libre nos hará más creíbles.
- Ayudarnos a vivir un estilo de vida donde sean posibles la sensibilidad, la compasión y la comprensión de modo que sean comunidades habitables y generosamente abiertas.
- Cuidar, formar y acompañar el liderazgo religioso que no puede reducirse al rol organizativo o de manager. Los superiores tienen un papel delicado y fundamental para hacer surgir un estilo verdaderamente carismático de vida religiosa. Se impone un nuevo estilo de gobierno más centrado en las personas y más fraterno.

3.2. Abrir, salir, buscar...

Ante la dificultad que vive actualmente la vida religiosa en lo que se refiere a la fecundidad vocacional, sobre todo en occidente, el Papa Francisco abordó también con la UGS algunas cuestiones en torno al discernimiento vocacional, a la inculturación del carisma y la selección de candidatos. Nuestras Congregaciones están cambiando de rostro y están experimentando un importante desplazamiento geográfico. Esta nueva situación, dice el Papa “nos obliga a repensar la inculturación del carisma”. Porque “el carisma es uno, pero como decía San Ignacio, es necesario vivirlo según el lugar, los tiempos y las personas. El carisma



no es una botella de agua destilada. Es necesario vivirlo con energía, releyéndolo también culturalmente”.

Por eso es necesario salir, buscar, abrir nuevos caminos. Es arriesgado, dice Francisco, “cometeremos siempre errores, no tengo dudas, pero esto no debe detenernos porque está el riesgo de cometer errores mayores”. El carisma, como don del Espíritu a su Iglesia es algo vivo, dinámico, creativo: “Inculturar el carisma, por lo tanto, es fundamental, y esto significa no relativizarlo nunca. No debemos hacer del carisma algo rígido o uniforme. Cuando nosotros uniformamos nuestra cultura, entonces matamos el carisma”.

La vida religiosa encuentra también en este campo un importante desafío. Salir de su eurocentrismo, vivir la multiculturalidad en nuestras comunidades como una riqueza que expresa también la diversidad de nuestras sociedades plurales y en ellas se re-propone como profecía de la fraternidad. Naturalmente, dice Francisco, “es necesario tener los ojos abiertos” ante los problemas que pueda generar la llegada masiva de vocaciones extranjeras reclutadas en otros contextos más fecundos vocacionalmente y trasplantadas a Europa.

3.3. Formar el corazón

Queda siempre planteado encima de la mesa el difícil reto de la formación inicial y permanente ante los desafíos que una vida religiosa contextualizada debe afrontar. Los Superiores Generales preguntaron al Papa sobre ello y Francisco expresó su convicción de que la formación hoy no es fácil de afrontar: “La cultura de hoy es mucho más rica y conflictiva que la vivida por nosotros – afirma el Papa -, en nuestro tiempo, años atrás. Nuestra cultura era más simple y ordenada. Hoy la inculturación requiere una actitud distinta. Por ejemplo: no se resuelven los problemas simplemente prohibiendo hacer esto o aquello. Es necesario mucho diálogo, mucha confrontación”.

Pero, además de un cambio de actitud, Francisco reclama alejar un fantasma que amenaza siempre la formación inicial de los candidatos: “el fantasma que se debe combatir es la imagen de la vida religiosa entendida como refugio y consuelo ante un mundo ‘externo’ difícil y complejo”. Por eso, asegura el Pontífice, no podemos olvidar nunca los cuatro pilares de la formación que deben interactuar desde el primer día de noviciado para exorcizar estos peligros: **“Los pilares de la formación son cuatro: espiritual, intelectual, comunitario y apostólico”**. En la adecuada interacción de los mismos a lo largo del arco formativo está la posibilidad de acompañar el crecimiento de personalidades profundamente creyentes y recias en la opción vocacional.

Se impone un cambio. La formación no puede ser como un peso que oprime un muelle plegándolo mientras que dure la presión. De ser así, una vez liberado del peso, el muelle vuelve a su estado natural. Francisco advierte sobre los peligros de una formación planteada desde la hipocresía, desde las formas, desde la apariencia, desde quienes adoptan la actitud de “pensar claramente y hablar oscuramente”. Para el Papa, “esto es hipocresía, fruto del clericalismo, que es uno de los males más terribles (...) es necesario vencer esta tendencia al clericalismo, también en las casas de formación y en los seminarios”.



4. Contemplativos con el corazón en el mundo

Contemplativos y en el corazón del mundo, los consagrados y consagradas amamos profundamente la Iglesia. En ella somos y vivimos nuestra alianza con el Señor. Fieles al Magisterio, fieles al Papa, fieles a la comunidad cristiana. Hoy, como muchos cristianos en occidente, vivimos a la intemperie nuestra fe. Y hace frío. Hemos de reconocer errores. Hay cosas que cambiar. Pero necesitamos la fuerza eclesial para afrontar dificultades e impulsar la renovación que nuestros institutos han acometido con ilusión y esperanza.

La vida religiosa necesita urgentemente un impulso carismático y solo el Espíritu puede conducirnos hacia nuevas orillas. En plena travesía, el rostro amable de Francisco, su afecto hacia los consagrados y consagradas, sus gestos y sus enseñanzas, son un estímulo renovador que alienta nuestros pasos y pone fuego en nuestro corazón. Sabemos hacia dónde caminar y el Obispo de Roma, un Pastor que viene del sur, ha cogido nuestro paso precediéndonos en la marcha y confortándonos en el camino.

El Espíritu sigue soplando con fuerza haciendo nuevas todas las cosas. También la vida religiosa. Confiamos en Dios que precede y acompaña. Y que seguirá suscitando en su Iglesia hombres y mujeres consagrados para ser signos creíbles de su presencia y portadores de su amor en medio del mundo.

Elaborado por el EIPJS